

limbo

Núm. 32, 2012, pp. 7-15

ISSN: 0210-1602

El libertino*

GEORGE SANTAYANA

EL EXTRANJERO.—Veo, Alcibíades, que Sócrates te describe con gran verdad cuando nos dice que eres la causa de toda su sabiduría: «Ese joven, bueno-para-nada», dice, «es maravillosamente bello, y el Bien sólo me ha revelado obviamente su naturaleza en la Belleza. Además, era dado a graves locuras y la afición que sentía por sí mismo era proporcional a su negligencia; esa irritante sinrazón suya era, de todos los vicios, la más apropiada para destruir mi paz y para convertirme en una beneficiosa molestia para la humanidad.»

ALCIBÍADES.—Si conoces a Sócrates, sabes que lo que dice nunca es lo que quiere decir. Si yo hubiera sido la fuente de su sabiduría, hubiera seguido corriendo detrás de mí, como hizo en Atenas durante un mes o dos cuando gané mi primera corona en los juegos juveniles, pero desde entonces, tanto aquí como en el mundo de arriba, parece que, más bien, me rehúsa como si yo fuera un viejo amigo desprestigiado con el que no quiere que lo vean en público, aunque está deseoso de mostrarle, en la oscuridad y sólo a ratos, un poco de cariño como recuerdo de los viejos tiempos.

EL EXTRANJERO.—Te aseguro que habla de ti a menudo y con el cariño más asombroso.

ALCIBÍADES.—Simple retórica y sofistería, de las que hace tanta gala. Si fuera cariñoso, no preferiría pasar el tiempo con cualquier otro que esté deseoso de oírle, especialmente si es un joven inocentón como Marcelo o un extranjero como tú.

EL EXTRANJERO.—Marcelo bebe sus palabras como si fueran oráculos y es un ferviente neófito de la nueva filosofía, mientras que tú eres un incorregible burlón. Además, conforme envejecemos he-

mos de abandonar a las personas que queremos por aquellas que nos quieren. El joven Marcelo, con su terquedad romana, coloca a Sócrates ante un dilema eterno en tanto que aquí los espíritus nunca pueden descubrir nada que, al menos virtualmente, no hayan descubierto ya en la tierra, y al honrado Sócrates, mientras vivía en su cuerpo, nunca se le había ocurrido convertir su dialéctica en mitología o sus mitos en verdades y oráculos revelados; pero eso es lo que Platón comenzó a hacer después en su nombre y lo que el buen Marcelo, educado en las supersticiones devotas, hace también espontáneamente; de modo que Sócrates encuentra que sus fervientes discípulos toman sus palabras más en serio, como ciencia, de lo que las tomó él mismo.

En cuanto a mí, yo tengo una ventaja mágica y bastante inmerecida sobre todos vosotros. Estoy vivo y puedo, con determinado conjuro íntimo, convocar a los fantasmas para que me hablen en contra de su voluntad: ¿cómo, si no, Alcibíades, podríamos haber hablado tú y yo? Supón, además que Sócrates sólo te hubiera tratado a ti, ¿cómo, entonces, habría llegado a saber que, entre todas las personas posibles, Alcibíades era el más digno de ser tratado y el mejor revestimiento de su filosofía? Una mente amplia no puede limitarse a lo que ama. Recuerda también que aquí, donde moras en la eternidad, Sócrates no te quita ni las horas ni la atención que dedica a otras cosas y a otros placeres.

ALCIBÍADES.—No te esfuerces por consolarme, insólito invocador de fantasmas y destilador de hierbas muertas. ¿No pareces tú mismo un sofista? Yo nunca estuve tan aferrado como Sócrates a Atenas y a la filosofía, el resto del mundo bastaba para entretenerme.

EL EXTRANJERO.—Pero Sócrates ocupa un lugar especial en tu estima, a no ser que lo que cuenta de vuestro primer encuentro en estas regiones sea inexacto. Porque dice que te avergonzaste al volver a verlo, considerando lo que habías hecho y en lo que te habías convertido en el mundo tras su muerte, como si vieras en él la encarnación de una conciencia acusadora.

ALCIBÍADES.—¿Te contó esa historia? Me sorprenden las invenciones con que la ha adornado.

EL EXTRANJERO.—Me pareció que era verdad, pero, si me das tu versión de lo sucedido, la creeré más que la suya puesto que sería la de un joven inocente, incapaz de ironía o disimulo.

ALCIBÍADES.—No. ¿Cómo iba a recordar los giros que decidía darle a sus palabras? Dime tú mismo lo que contaba y así, cuando lo vea de nuevo, tendré algo con que confundirlo y que le haga ruborizarse a su vez cuando le repita las maliciosas mentiras sobre mí que va contando a los extranjeros.

EL EXTRANJERO.—Ya hacía algunos años que él había llegado aquí cuando, según contaba, estando de paseo por estos collados, como solía, te divisó inclinado sobre el borde de una fuente como Narciso. Sujetando la barbilla con la mano, observabas atentamente si la muerte había borrado o más bien había restablecido tu buen aspecto, porque en el fondo te preocupaba la leyenda que te había contado tu nodriza cuando eras pequeño según la cual las personas en el reino de las sombras no mantienen el aspecto de su cuerpo terreno sino que adquieren la imagen de sus acciones. ¿Es verdadero mi relato hasta aquí?

ALCIBÍADES.—Al modo de los cuentos. Acaso tenga algo de verdad. Pero, ¿qué pasó entonces?

EL EXTRANJERO.—Sócrates hizo ruido, de modo que lo tuviste que ver obligatoriamente por el rabillo del ojo, pero hacías como si no lo hubieras visto, bostezabas y te desperezabas y, haciéndote el remolón, te hubieras escabullido por el monte. Pero te llamó a voces, «Alcibíades, Alcibíades», y te viste obligado a volverte. «¿Qué ocurre?», dijo, «¿te has olvidado de tu viejo amigo Sócrates? No, mis facciones y mi aspecto no se confunden con facilidad, tú mirabas para otro lado y hacías como si no me conocieras porque estabas avergonzado. Ese es un antiguo y absurdo truco típico tuyo: no te avergüenzas ante los dioses ni ante ti mismo ni ante los demás, sean griegos o bárbaros, sino que te avergüenzas ante Sócrates. Y eso que ahora no estabas haciendo nada vergonzoso, como estar borracho o gozando de la compañía de hetairas o rondando la alcoba de alguna reina espartana o aceptando dinero de los bárbaros para lu-

char contra tu país o, vanidoso y con descaro, aceptando llevar sus ropas vastas y villanas y hablar su grosera lengua o quitándole a las estatuas de los dioses algún detalle provocativo. Estabas simplemente absorto en tus pensamientos, como estaba yo mismo a veces en las calles de Atenas o como estamos todos a menudo en este mundo fantasmal donde nos movemos tan en silencio y tan cándidamente como respiramos. ¿Por qué, entonces, habrías de evitar mi presencia y esconderme el bendito hecho de que, también tú, estabas aquí? Porque es una bendición de los dioses que hayas sido admitido donde no entra nada que no participe en algo del Bien; es una bendición para ti porque, de algún modo, lo has merecido, y es una bendición para mí, que soy tu amante, porque mi amor ha quedado así aprobado por la divinidad y reconocido como bien fundado.—¿Por qué no contestas, Alcibiades?»

«Para decir la verdad, Sócrates», respondiste, «te vi perfectamente, pero temía que, como yo había cambiado mucho, si me reconocías, te produciría dolor.»

«No con un dolor nuevo, amigo mío», replicó Sócrates serio. «El amor de los ancianos y de los filósofos es tristemente profético. Sabemos desde el principio que ese amor no puede ser feliz del todo. Desechamos las ilusiones que nos envía la divinidad y anticipamos las decepciones de las esperanzas puestas en nuestros jóvenes amigos. Cuando los vemos esbeltos y florecientes, en plena alegría y risueña curiosidad propias de la edad, Eros, que es joven y amigo de bromas, susurra a nuestro oído: “He aquí en verdad a un joven que merece ser hijo de Teseo o de Solón, que será ciertamente virtuoso y amable y que se convertirá en filósofo y ¡en filósofo de tu propia escuela!” Pero a nosotros, viejos zorros, no nos engaña el astuto Eros, aunque nunca nos cansamos de oír sus deliciosas chanzas. Sabemos bien que ninguno de vosotros, queridos, seréis leales ni a nosotros ni a la filosofía, y que no seréis esbeltos y florecientes por siempre. Estamos, sin embargo, obligados a amaros, igual que los remeros de las galeras que, cuando meten los remos en el mar, la naturaleza les fuerza a verlos torcidos aunque saben bien por experiencia que son

rectos, así la naturaleza nos fuerza a nosotros a que veamos en vosotros lo que por experiencia sabemos que no podéis ser; sólo que, en la ilusión del amor, el engaño que el cielo nos hace es el contrario puesto que, hechizados, vemos rectos y bellos los cuerpos y las almas que sabemos que están torcidos. No es un dolor nuevo, Alcibíades. Te conocía de verdad en la tierra, así que mi pasión nunca me engañó. El tiempo o, mejor, la eternidad simplemente ha mostrado desnudo al verdadero Alcibíades que antes sólo el ojo de Sócrates podía discernir, lo ha expuesto ahora al mundo y, lo que es más extraño, al mismo Alcibíades. Si precisamente ahora, cuando te contemplabas en la fuente, te hubieras sonrojado al verte y hubieras intentado ocultarte a tus propios ojos, habría entendido el motivo. Puesto que antes no te habías conocido nunca, la revelación te habría sobrecojido. Pero tu aspecto reciente no es para mí ninguna revelación. Incluso en el mundo de arriba, el ojo del filósofo, cuando es el de un amante, penetra la verdad.»

«Ni siquiera muerto hablas en serio, Sócrates», dijiste como respuesta. «Si mi aspecto anterior fuera el de ahora, ni en sueños habrías fingido que me amabas; en verdad, nunca lo hiciste, sólo te divertía decir, con tu peculiar sarcasmo, que me encontrabas irresistible. Pero, si algo te gustaba de mí, ciertamente era mi aspecto, no lo que acabó siendo la verdad sobre mí. No eres, por tanto, filósofo cuando me amas, sino un tonto, como todos los amantes.»

«Vamos, vamos», refunfuñó él con su modo característico, «no hables como si te dirigieras a un público que quiere reírse y que no recuerda nunca lo que aplaudía la semana anterior. Yo decía que, aunque sabía que estabas torcido, no podía evitar verte recto puesto que el dios me obligaba; ¿supones que Eros me mostraba sin motivo un Alcibíades bueno y bello en vez del pícaro real? El dios que actúa en el alma de los amantes es o el mismo dios que actúa en la naturaleza o un dios mayor; de modo que cuando hace un Alcibíades torcido de carne y hueso en la naturaleza, que parece bello pero que es vil y que con el tiempo deja de ser joven y generoso y se vuelve gordo, bestial y sin escrúpulos, ¿supones que el

Creador está haciendo entonces algo más real que cuando, en el alma de Sócrates, hace un Alcibíades ideal, luminoso e incorruptible como un dios? Cuando Sócrates ama al Alcibíades divino, sin hacerse ilusiones respecto al humano, ¿no es un amante verdadero y un filósofo verdadero?»

«¿Así que por fin», gritaste, «confiesas algo que yo había notado siempre pero que tú negabas, que nunca te preocupaste de mí en absoluto sino que jugabas a poner mi nombre a cierta cariñosa creación de tu fantasía? No eres mejor que esos otros infames escultores, que hacen lo mismo que tú: son tan engreídos que no pueden sacar un buen parecido de nadie, así que le dan el nombre de Pericles o Nicias a alguna simple réplica de un modelo vulgar que más parece un león que un hombre y luego, descaradamente, envían la obra a Pericles o a Nicias como si fuera su manifiesto retrato y piden un precio desorbitado. Así, tu envías con descaro el amor a tus propias ideas llamándolo el amor profético de Alcibíades y esperas que te esté infinitamente agradecido y, con lo pícaro que eres, quieres que te pague en buena moneda.»

ALCIBÍADES.—En esto admito que Sócrates reprodujo fielmente nuestra conversación y que tú has de tener una buena memoria, porque eso fue exactamente lo que dije y lo que pienso, y lo que le diré de nuevo a Sócrates cada vez que me irrite con sus embustes.

EL EXTRANJERO.—Estupendo, pero si reprodujo el resto de vuestra conversación con la misma exactitud, te tragaste tus palabras a no mucho tardar.

ALCIBÍADES.—Engañado y acorralado con algún truco sofista, tal vez; pero te advierto que ahora me desdigo y rectifico mis rectificaciones, pasadas o futuras, porque seguro que me intimidará y me acorralará de nuevo, ¡viejo charlatán!

EL EXTRANJERO.—Sí, y así fue cómo lo hizo. «Es fácil calumniar a un filósofo, Alcibíades», dijo, «pero no es fácil ser uno de ellos. Quiero admitir, sin embargo, la verdad y, si me muestras que el Alcibíades que amo no es el verdadero, lo admitiré alegremente y diré que fue Hermes o Dionisio, o algún otro joven dios, quien se

me apareció en sueños. Pero respóndeme a esta pregunta: ¿Tuviste amantes que no fueran filósofos?»

«Sí, muchos», contestaste, «tanto hombres como mujeres. Griegos y persas.»

«¿No los acusas, especialmente a los persas y a las mujeres», continuó, «de no amar al Alcibíades real?»

«Raro sería acusarlos de eso.»

«¿Quieres decir que sus acciones no dejaban lugar a dudas de que era a ti a quien abrazaban a ti, agasajaban y hacían magníficos regalos?»

«Exacto, y si hubieran dicho que me amaban como diversión pero, si por casualidad me acercaba demasiado a ellos, me hubieran dado la espalda bruscamente y sólo me hubieran dirigido sarcásticas palabras y cortantes admoniciones forzándome a oír prolongadas disputas verbales y huecas alabanzas a la belleza en general, habría dicho sin falta que se burlaban de mí y que eran sofistas confesos, aunque se llamaran reyes, reinas, generales o escultores.»

«Muy bien», dijo Sócrates con malicia, «y ahora contesta por favor a otra pregunta: ¿Cuando un joven se hace hombre deja de ser la misma persona?»

«Por supuesto que no», replicaste, «¿y con eso qué?»

«Sé paciente, lo verás en seguida. Si alguien está enfermo o herido y el cirujano le amputa una mano o un pie, ¿sigue siendo el mismo?»

«Claro.»

«Y aquellos que lo aman de verdad —su padre, su madre o sus fieles esclavos—, ¿dejarán de amarlo cuando se haga hombre o cuando pierda una mano o un pie al servicio de su país?»

«No», replicaste, «en ese caso lo amarían más tal vez o, al menos, expresarían su afecto de modo más delicado y tierno.»

«Justo», agregó él, «esto es lo que yo mismo habría respondido si me hubieran preguntado a mí. Pero veamos si estamos de acuerdo también en el punto siguiente. Si esos delicados atenienses que te cortejaban cuando eras un coqueto mozalbete te hubieran visto

años más tarde que te acercabas a ellos sonriendo y con una larga barba teñida, ¿crees que su amor se mantendría inalterado?»

«¡Absurdo!»

«¿Crees que esos persas o esas mujeres que te querían tan inequívocamente te seguirían llevando a cazar con ellos o bailarían y cantarían para ti en sus deliciosos jardines o te retendrían con brío en sus perfumadas alcobas y en sus tersos y níveos brazos si, a consecuencia de algún accidente en la guerra o de alguna enfermedad, los cirujanos te hubieran amputado una pierna o alguna otra parte de tu cuerpo?»

«¡Qué corto de miras eres, Sócrates!», objetaste, «aunque he de confesar que sólo con que hubiera perdido una oreja, todos y cada uno de mis adoradores hubieran huido de mí estremecidos.»

ALCIBÍADES.—Cierto, y cuando admití eso Sócrates imaginó que se había anotado un tanto y, con su pavoneo, hizo creer a los presentes, incluso a mí mismo, que de verdad lo había hecho. Mis amantes, en efecto, habrían hecho claramente lo correcto. Su gusto era exquisito y exigente, de modo que, mutilado, los habría ofendido. Yo mismo no soportaba ver un caballo lisiado, y un perro con pulgas podía ser cariñoso y mover el rabo todo lo que quisiera, sólo conseguía hacerse más repulsivo e insoportable; antes de tener tiempo para ocuparme de ellos, habría ordenado matar al caballo lisiado y echar al sucio perro para que guiara a algún mendigo ciego. Son plagas y horrores asaz inevitables; al menos en lo que elegimos libremente y con lo que nos rodeamos que sea todo bello y perfecto. El tiempo y los bárbaros me lo han enseñado. Ninguna persona puede ser feliz. Ninguna ciudad puede estar perfectamente bien gobernada, ser unánime y vencer siempre. Pero es posible que alguno de nosotros coloque una daga enjorada en su cinturón y olvide por siempre algunos males, y todos los males alguna vez. Es posible entresacar muchos deleites absolutos y gustar antes de morir algunos momentos de encanto total. Yo mismo los he obtenido reiteradamente de la caza, la música, el vino y el amor. El resto es esclavitud. He sido para otros motivo de placeres tan puros como los que yo he disfrutado.

Me agrada haber embelesado y salvado de la vulgaridad durante un rato a los que me entonces me amaron.

EL EXTRANJERO.—¿No es eso lo que has hecho también por Sócrates y de un modo mucho más duradero y radical que por los demás? Su filosofía separa el encanto del encantador. La pasión y la ilusión que despertabas ha pasado a ser el bien que él adora; y respecto al Alcibíades desnudo y terreno, él sigue siendo un amigo toscamente honesto, tanto en la paz como en la guerra.

NOTAS

* «The Libertine», *Atlantic Monthly*, 181 (marzo, 1948), pp. 28-31. Fue incluido en *Dialogues in Limbo, With Three New Dialogues*, New York, Scribner's Sons, 1948, pp. 162-173. Traducción de Daniel Moreno Moreno.